

EL IRIS.

CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

REDACTORES.

J. A. SEGRESTA. — SIMON CALCAÑO.

LA VIRGEN DE LA SOLEDAD.

TRADICION RELIGIOSA.

(Conclusion.)

IV.

Poco tiempo despues, los hermanos de la Tercera Orden de San Francisco, rica y venturosa entónces, colocaban en la nave de la derecha la imágen de Nuestra Señora, celebrando su inauguracion con misa pontifical, repique de campanas y cantos armoniosos.

Un gentío inmenso se amontonaba en las naves del templo, distinguiéndose entre todos á Don Juan y su esposa, vestidos de ricas galas.

Concluida la funcion religiosa y desocupado ya el templo por los fieles, solo quedaban bajo las naves perfumadas de incienso, los hermanos Terceros y la familia de Don Juan, quienes referian con lágrimas de gozo á los buenos frailes la aparicion de la imágen divina.

Estando en estas pláticas entró pálido y agitado Don Sancho de Paredes y se arrodilló en silencio ante la Virgen, entregándose á una muda contemplacion. Los frailes y sus amigos respetaron su éxtasis religioso, y solo despues que hubo concluido recibió las felicitaciones y abrazos de todos por su vuelta, recibiendo mil preguntas ya sobre su viaje, ya sobre el SAN FERNANDO que todos creian perdido.

Don Sancho, sin separar los ojos de la Virgen, esclamó con acento humilde:—Herminas, adoremos la voluntad de Dios. Un año no hace todavía que sorprendido por una tempestad en el mar Caribe, arrojé á las aguas con la carga del navio una caja cuadrada que encerraba

esa imágen, hecha ante mi vista y por mi direccion en Madrid. Con mis propias manos la entregué á las olas pidiendo ántes perdon á Dios, y ahora la veo con sus mismos vestidos, bajo su sólo mismo en las naves de San Francisco. Solo Dios es poderoso, y en su mano está el órden de la naturaleza. El en su infinita bondad salvó la imágen de las aguas para presentarla á la humilde adoracion de los fieles.

Don Juan refirió entónces lo que ya sabemos, y todos, despues de adorar con santo recogimiento el divino milagro, salieron del templo para asegurar el hecho bajo su firma ante los alcaldes ordinarios, para ejemplo y edificacion de los venideros siglos.

V.

La imágen de Nuestra Señora de la Soledad se conserva todavía en San Francisco, con gran devocion de los fieles y sumo respeto de los dos frailes que quedan de aquella comunidad.

El cabello que Doña Felipa de Ponte y Villena puso en la cabeza de la Virgen, conserva todavía su brillo y su frescura al traves de tantos años sin el menor detrimento, como nos lo ha asegurado el buen lego que cuida de sus ornamentos y vestidos.

Este hecho se conservó por mucho tiempo en el gran libro de los archivos de la comunidad, llamado EL BACERRO, el cual debe haber corrido la misma suerte que le cupo á todas las antigüedades de nuestros conventos.

Existe del mismo modo una tradicion con que concluiremos este artíoulo, ya demasiado largo, y á la cual damos fé como los humildes sin hacer interpretaciones.

Las lluvias frecuentes habian obstruido los caminos de tal modo que era imposible hacer venir desde Macarao la madera que debía emplearse en la construccion del coro que llaman de la Soledad. Estaban los frailes buscando el modo de traerla, cuando un dia las vigas arrebatadas por una creciente impetuosa del Guaire, quedaron atravesadas en el paso del rio donde termina la calle de las Leyes Pátrias. De allí fueron conducidas por bueyes hasta el convento, y con ella se construyó el pequeño coro que se vé á la derecha de la Iglesia.

TEREPAIMA.

CAROLINA VANLOO.

Hai en un cuadro de Cárlos Vanloo toda una historia interesante y misteriosa que vamos á contar á nuestras lectoras. Nadie hubiera dado por ese boceto ni el valor de un cigarro; empero yo le he comprado por media onza, porque sabia que era una hermosa página llena de lágrimas; escuchad.

Carolina Vanloo fué la obra mas querida de Cárlos Vanloo, un divino retrato que fué á enriquecer la inmortal galeria del cielo. El pintor habla dicho á su mujer, Catalina Sonis, apellidada la Filomena de Italia: el Dios del amor grabó tu retrato en mi corazon; quiero que el himeneo me haga de él una copia.

Madama Vanloo tuvo una hija y dos hijos; la hija fué el divino retrato de su madre; mas hermosa, mas graciosa, mas adorable todavia. Pálida, bajo sus largos cabellos negros dejaba caer de sus ojos, azules como el cielo de la Italia, una angelical y encantadora mirada; hablaba con una voz que penetraba el corazon; su voz era hecha mas para cantar que para hablar. ¡Oh Rafael, Rafael! exclamaba Vanloo contemplando á su hija.

Cuando habia concluido de mirarla el pintor, era el ojo del padre el que la contemplaba. Rafael es un gran maestro, empero Dios es un maestro mas grande todavia; Cárlos Vanloo sentia no haber tenido mucho ántes semejante obra maestra delante de sus ojos. Carolina Vanloo tenia en su hermoso rostro un no sé qué de brillante, ese rayo del cielo que es un presagio de muerte. Al verla se entristecia uno como á la vista de esas blancas visiones de la juventud que nos cubren con sus fatales sombras.

Era mas que una mujer, un ángel: una nebulosa meditacion habia desde mui temprano envuelto su alma. Hablaba poco; pasaba todo el dia en leer ó en meditar; no se cuidaba ni lo mas mínimo de los placeres de este mundo. En el baile no bailaba; no concedia á la fiesta sino su encantadora sonrisa; puede decirse que solo su alma amaba la vida; su cuerpo era un tabernáculo de mármol.

Los libros la perderán, decia sin cesar el buen Vanloo, que no sabia leer, que no veia sin terror aquellos mil-llares de líneas negras corriendo las unas tras las otras; eran para él signos cabalísticos. Iba con frecuencia á leer ó meditar al taller y á la vista de su padre, á quien cos-

taba mucho trabajo {arrancarla tres palabras; la pedia consejo sobre las cabezas de las santas ó de las diosas paganas; ella no le respondía, pero su padre la había visto.

—Bien, muy bien, hija mía; no me digas más.

Al cabo de algunos minutos Carolina Vanloo deja su lápiz contemplando la figura que acaba de trazar. Carlos Vanloo se dirige hacia ella. Viendo de repente á su padre, sin haberle oído venir, lanza un grito.

—Me has dado miedo, le dice, alargándole la mano.

En aquel instante palideció el padre: ha visto el rostro dibujado por su hija: ¡aquel rostro es la muerte! Allí está con la mortaja que deja entrever aquel seno lúgubre de la única mujer sin pechos; allí están aquellos piés que dan la vuelta al mundo abriendo una fosa á cada paso; ¡allí está aquella terrible guadaña de la eterna mies! Empero lo que sobre todo asusta á Vanloo, es que á la cabeza de aquella funesta creación, Carolina Vanloo, sin saberlo tal vez, le ha dado sus facciones angelicales; aquellos rasgos apenas están indicados, cualquiera otro que Vanloo no reconociera á Carolina; pero Vanloo, Vanloo el pintor, Vanloo el padre ¡la ha conocido!

—Hija, dice ocultando sus lágrimas con una forzada carcajada, jamás se empieza por ahí; levántate, voi á darte una lección.

Carolina se levanta en silencio: siléntase Carlos Vanloo; borra con mano agitada el dibujo de su hija, ménos las facciones del rostro; toma la sanguina, y se apresura á hacer una metamórfosis. Ya la cabeza se anima con una linda sonrisa; ya los cabellos ensortijados ondean al viento de la primavera; un gracioso contorno pasa sobre sus espaldas, y pone en ellas ligeras alas: no es ya la muerte, es el amor.

El pintor, sin dejar su trabajo, pone aun algunos accesorios: un carcaj y flechas; palomas haciéndose fiestas con sus piquitos; en fin, todos los atributos del amor. Carolina Vanloo, que se ha inclinado por encima del hombro de su padre, sigue su lápiz con una dulce y amarga sonrisa á la vez.

Cuando hubo concluido Carlos Vanloo, concluido de devorar sus lágrimas, se volvió hacia su hija:

—¿No es esto? le preguntó, dándole un beso en su frente virginal.

—No, respondió ella bajando la cabeza con melancolía.

Hallándola su padre mas pálida la cogió en sus brazos, y la llevó al aposento de madama Vanloo.

—; La muerto, la muerte! exclamó la pobre doncella fuera de sí estendiendo los brazos.

Desde aquel instante la aconetió el delirio. No trataremos de pintar la desesperacion de su padre. Permaneció á la cabecera del lecho de Carolina dia y noche, orando á Dios por la primera vez de su vida: murió á los pocos dias.

¿No podria decirse que habia muerto del mal de la vida?

Diderot cree que amaba lo imposible ó lo desconocido, es decir, lo ideal.


A DOLORA

—
EN SU ALBUM.
—

No me preguntes, Dolora,
Porque en vez de alegre canto
Mi laud suspira y llora,
Que mi corazon ignora
Porque gime y llora tauto.

—
Pregunta á la mansa fuente
Do estiende el sol sus fulgores,
Porqué si solo entre flores
Rueda su pura corriente,
Son tan tristes sus rumores;

—
Pregunta al ave que entona
Sus dulcísimos cantares
Cuando al monte el sol corona,
Porqué su canto abandona
Por la voz de los pesares;

—
Y al píelago que incesante
Contra su márgen batalla,
Dé ó no el sol su luz brillante,
Porque siempre agonizante
Se agita, suspira ó calla.

—
Grande es el mundo y no encierra
Voz que diga nuestro llanto,
Que diga tanto quebranto,
No hai armonia en la tierra
Para traducirlo á un canto.

EL IRIS.

Es porque alegre nos miente
Un mundo la fantasía,
Con un sol resplandeciente,
Perfumes todo el ambiente
Y las aves armonía.

Sin nubes el firmamento,
Estrellados horizontes,
Un piélago cuyo acento
No finje triste lamento,
Otras playas, otros montes.

Y en incesante agonía
Esperamos cada hora,
Y en cada hora sombría
La luz que en la mente arde
Palidece y se evapora.

Sonamos con la mentira,
Vivimos con el pesar,
Y el alma triste suspira
Si el labio entonar aspira
Notas de alegre cantar.

No se decirte, Dolora,
Porque en vez de alegre canto
Mi laud suspira y llora,
Que mi corazón ignora
Porque gime y llora tanto.

Caracas, Junio de 1862.

CARLOS CALCAÑO.

ROBERT'S CAVE EN IRLANDA.

El murió de su fatiga,
ella de su dolor.—*Ossian*.

La Irlanda presenta puntos muy pintorescos, á todos los cuales van unidas tradiciones populares que han sido cantadas por el harpa de sus bardos.

La peña de Robert es una imponente mole que se levanta sobre el río Mislis, en Irlanda, y que llaman en el país la cuesta de los dos amantes. Varios bardos han contado la anécdota que ha dado su nombre á esta cuesta, y la han adornado con algunos románticos reflejos. Nosotros la contaremos aquí con toda su sencilla verdad.

Poseía un antiguo señor el territorio de aquella rápida cuesta, y habitaba un castillo que había construido en su cumbre. Tenía una hija única, muy buena, y bella como la madre del amor; soñaba para ella en los más opulentos partidos de la comarca, cuando supo, por su propia boca, que jamás consentiría en casarse con nadie sino con un joven del llano, á quien nombró, y que por toda fortuna solo tenía una conducta irreprochable, un alma recta, un corazón decidido y muchísimo amor. Era por su trabajo el apoyo y el tesoro de su anciana madre. Tres veces con riesgo de su vida, había salvado á otros tantos niños que se estaban ahogando en el río Mislis. Era querido en toda la comarca. Algo era esto, pero no lo bastante: el montañés castellano era un padre que tenía en más la hacienda que la virtud. Muchos padres hai aun así todavía.

Durante dos años se opuso constantemente al matrimonio de su hija. Viendo después que nada lograba y que la joven permanecía firme en su determinación, y que su negativa iba alterando su salud y haciéndola muy desgraciada, bajó un día al llano con su hija, dándose la apariencia de un padre que quiere sorprender á su hija agradablemente, hizo llamar al joven que ambicionaba el honor de ser su yerno y le dijo son cierto orgullo:

—Para tener mi hija es preciso merecerla. Sereis su marido si la llevais desde aquí sin descansar á la puerta del castillo, que será un día su herencia.

Y sin aguardar más réplica ni objeción se retira, encaminándose á su castillo por un camino ménos pendiente que el que acababa de indicar.

Había quedado pasmada, asombrada la joven: el joven entusiasmado.

En una situación como la suya, la poca edad en nada repara. Sabían muy bien los dos que el castellano no se volvía atrás de lo que una vez decía.

Estremecíase la amante doncella al pensar en tamaña empresa: animóla el joven, hízola subir sobre sus hombros, y se lanzó, tal vez con demasiada viveza. La juventud es ardiente y atrevida.

Subía, no calculando bien sus fuerzas. A la cuarta parte del camino se hallaba fatigado: á la mitad del camino sintió vértigos, á las tres cuartas partes se hallaba inundado de sudor, conocía que le abandonaban ya sus piernas: con todo, como los valientes caballos que continúan su carrera hasta morir, llegó á la puerta del castillo, cayó de rodillas y quiso respirar. No respiró ya más.

La enamorada doncella enjugaba el sudor de su rostro pues lo creia solo desmayado; lo estaba en efecto, empero para siempre!

Quando reconoció que le habian matado el cansancio y la fatiga, se vió acometida de tal dolor que se rompieron las venas de su corazon. Los dos amantes fueron enterrados en un mismo sepulcro.

El terco y obstinado castellano no se pudo consolar. Al cabo de un año fué á reunirse con su hija.

El ambicioso padre era vasallo del Duque de Leices-ter, y el Duque entró por su muerte en posesion de la pequeña cuesta de Robert, y para expiar lo que acababa de suceder fundó en el Castillo una abadía que aun subsistia en el último siglo, con sus buenos religiosos y que llamaban la abadía de los "Dos Enamorados."

Esta leyenda la vemos reproducida en casi todos los países con mui pocas variaciones. En Francia, en la plaza de Biarrits, hai la peña de los Enamorados tambien, una peña que cubren las olas en la marea y que queda en seco á la mar baja. Allí se citaban dos amantes, y allí olvidados en sus amores, no sintieron subir las aguas y perecieron: en España hai igual ó parecida tradicion, y tambien existe la famosa peña de los Enamorados, en Antequera. Dsde su altura dos amantes contrariados por sus padres en sus amores, se precipitaron abrazados, para no separarse jamas en su muerte. Estas tradiciones se han conservado en los pueblos, dramas terribles aunque sencillos y que se trasmiten de padres á hijos.

EL FIN DE LA VIDA HUMANA.

Yo no he encontrado hombre alguno que haga de la felicidad el fin y la aspiracion de su vida. El uno busca una fortuna, el otro el modo de gastarla: aquel aspira á un empleo, este ambiciona un nombre; pero todos saben mui bien que no es la felicidad lo que hallarán por término de sus afanes. No es movido por su propio interes, que se sienta el partidario de la utilidad á escarabajar sus impopulares apotegmas con que pretende probar que el egoismo es un prinicipio universal. Y en cuanto á la notable distincion entre el *interes vulgar* y el *interes ilustrado*, mientras mas ilustrado es el interes propio, menos

influidos somos por el propio interes. Decidle al jóven que acaba de escribir un buen libro, ó de pronunciar un bello discurso, que no será mas feliz aunque alcance la fama de Milton ó el poder de Pitt, y que si quiere ser feliz, mejor será que se vaya á cultivar la tierra, á vivir en el campo, á fin de alejar y diferir para el fin de su vida los dias de la dispepsia y de la gota, y os responderá decididamente: "Yo sé eso tan bien como U. Pero yo no ando averiguando si seré ó no feliz, lo que me propongo es ver si llego á ser un gran escritor ó un primer ministro." Esto mismo sucede con todos los actores del drama humano. Marchar hácia adelante, esa es la lei de la naturaleza, y no se saca mas de decir á los hombres y á las naciones, que á los niños: "estaos quietos, que rompeis los zapatos."

No quiero decir con eso que haya una lei inevitable que impida al hombre ser feliz, sino que es una lei inevitable que el hombre, á despecho de su voluntad, viva para algo mas elevado que su propia felicidad. El no puede vivir en si mismo ni para si solo, por mas egoista que quiera ser; cualquier deseo que pretenda satisfacer, le pone necesariamente en contacto con los demas: el hombre no es una máquina, sino parte de una máquina; la vida de la humanidad es un drama, no un monólogo: la palabra *drama*, se deriva de una voz griega que significa *hacer*: cada actor del drama tiene que hacer algo que concurre al progreso del conjunto: para esto le dió existencia el autor: desempeñad vuestro papel, y dejad que el drama siga.

E. Bulwer Sytton.

(Traducido del ingles por R. R.)

EL IRIS.

—“Al que ántes cumpla su anhelo,
logrando la dicha extrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.”—

Asi una turba lijera
de niños baja diciendo,
tocadas del iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que poco á poco
va el iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creían la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—“¿ Como es ?”—Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran ;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden :—“; Ya es ido !”

—“; Mentira !” —Bajan diciendo
los que ven clara su lumbre ;
y en tanto ganau la cumbre
mustios los otros subiendo.

Porque sus lindos reflejos
son al tocarlos ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos.

El iris siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
á los que bajan, obscuro,
y á los que suben, brillante.

—“¿ Como es ?”—En ronco alarido
gritan los ántes burlados ;
y los de ahora estasiados,
triste responden :—“; Ya es ido !”

—“; Mentira !” —Dico bajando,
los que poco ántes mintieron ;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

Juntos, con pueril anhelo,
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos dando á cual mas
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan :—“; Adelante !” —
Y los de adelante :—“; Atrás !”

Y así, sin orden ni guía,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucia.

Y al verle desvanecido,
con mas vergüenza que enojos,
vuelos al cielo los ojos,
esclaman todos: "*¡ Ya es ido !!!*"

Asi en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado.

Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marca en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando su estrella,
suspira y dice:—"*¡ Ya es ido !*"

LA PERLA DE BETHUNE.

En pleno renacimiento, es decir, en 1544, habia en Pádua un jóven pintor llamado Ovidio Gáneas. Era uno de los muchos discípulos del Tiofano. Aun cuando nada habia firmado aun con su nombre, todos estaban acostumbrados á decir que tenia muchísimo talento. Los que habian estudiado con él en el taller del artista veneciano, se servian generalmente de una misma fórmula para hablar del jóven de Pádua.

—Un día, decian, le saludaremos todos sin vacilar como un gran maestro.

En razon de la grande reputacion que tenia ya en 1544, Francisco I le hizo ofrecer diez escudos de oro al mes si consentia en venir á pintar á Francia. En aquel tiempo si el sol de Italia hacia brotar los talentos, la sonrisa de la Francia los consagraba. Ya se habia visto en la corte de Valois, en el palacio de Fontainebleau y de Chambort, los artistas mas célebres de aquella grande

época. Francisco I había hecho comprar en Florencia los cuadros de Andres del Sarto y al mismo tiempo llamaba al Primaticio, á Benvenuto Cellini, y arrojaba el oro á manos llenas por encima de los Alpes.

Ovidio Gáleas parte para Francia. Inmediatamente que llegó se le presentó el mayordomo del rei y le ofreció los diez escudos de oro, cantidad convenida para todo el mes. Le invitó á que inmediatamente se pusiese á pintar un cuadro, terminado el cual iria á uno de los palacios del rei de Francia para cubrir sus paredes de frescos. En aquel mismo día, despues de haber visto al rei Francisco I, el discípulo del Ticiano se alojó en uno de los barrios del Mediodia, lugar de buena luz y ventilado. Bajo las ventanas del taller se veían jardines con árboles corpulentos y alrededor de su habitacion mucho silencio.

—He aquí la Tebaida que me prometia, decia Ovidio. Aquí me dedicaré enteramente á mi obra. Ninguno de los rumores del siglo vendrá á turbar los encantos de mi sueño, ni amigos perezosos me arrastrarán consigo, cual sucedia en Venecia, la ciudad de los tres carnavales, ni músicos que cantando barcarolas, acompañándose con el harpa vengan á distraerme, ni importunos acreedores murmurando á cada instante á mi oído su deuda, vengan á inquietarme. Aquí, pues, voi á hacer una obra maestra.

Preparó Gáleas su lienzo, sus pinceles y sus colores y trató de hacer una vírgen que pudiese competir con las de su maestro el Ticioano. Rafael había hecho la *Virgen de la Silla*, pero inmóvil como los antiguos, casi sin sentimiento. Ovidio Gáleas imaginaba una escena nueva y desconocida en la vida del Redentor de los hombres. Habíase imaginado á María recorriendo los campos de Belen con el niño divino en los brazos, y que fatigada, abrasada por el sol, exprimía un racimo arrancado de una cepa para apagar la sed, con su jugo, del divino niño.

—La Vírgen del Racimo será una obra maestra, esclamaba.

Habia ya trazado su grupo, estudiado las posturas y todo le parecia animado de una vida real, cuando, en medio del afan con que trabaja en su obra, un extraordinario ruido de trompetas vino á resonar en medio de aquel silencioso barrio donde se habia refugiado.

Preguntó el pintor, que tan alejado estaba de las cosas del mundo, que era lo que habia, y supo que los españoles unidos con la Inglaterra habian vuelto á declarar la guerra al rei Francisco I, que aun no hacia muchos años

había salido de la torre de Lujan de Madrid, donde había estado prisionero desde la batalla de Pavia.

Púsose Gáleas al trabajo descorazonado como un hombre que presentía no podría concluir su obra. En efecto, en aquella misma tarde el mayordomo del rei vino á anunciarle que el monarca frances marchaba á la guerra y que se veía en la imposibilidad de continuarle dando los diez escudos de oro al mes que le había prometido. Ovidio Gáleas exhaló un triste suspiro: conoció que no podía dedicarse á la conclusion de su obra favorita pues necesitaba trabajar para proporcionarse recursos. Abandonó su obra. No referiremos los trabajos á que lo espuso la necesidad. Iluminaba libros de devocion, emborrataba muestras, hacia florones para los techos; tales eran los trabajos á que mas generalmente se dedicó.

Una tarde que entregado á sus desesperados pensamientos se paseaba en las orillas del Sena junto á la isla de San Luis, se vió repentinamente rodeado de tres hombres armados.

—¿ No sois Ovidio Gáleas, el pintor de Pádua? le preguntó uno de aquellos tres hombres.

—Yo soy, respondió el artista.

—Pues bien, os arrestamos y venid con nosotros.

—¿ Yo?

—Poco es importa, es para vuestro bien.

Inmediatamente le cogieron y vendaron los ojos con un ancho pañuelo. El discípulo del Ticiano comprendió que no podía resistirse y que no le quedaba mas recurso que resignarse. Pusieronle sobre un caballo ensillado que aguardaba en un sitio inmediato á donde había sido detenido. Los tres hombres montaron tambien á caballo y dirigidos por el que había tomado la palabra, salieron de Paris. Caminaron largo tiempo casi siempre en silencio.

—¿ Por qué me habeis vendado los ojos? preguntó Ovidio Gáleas.

—Es mui sencillo: para que no sepais donde estais, y sobre todo á donde vais.

A la caída de la noche llegó la cabalgata ante un pequeño castillo, y habiendo sonado el cuerno un hombre, se bajó el puente levadizo y entraron los cuatro caballeros. En cuanto llegaron al patio quitaron el pañuelo de la cara al pintor.

—Se os devuelve la vista, pero no abuseis de ella, le dijo el que hacia cabeza de sus raptos.

Solo á la mañana siguiente pudo comprender el jó-

ven artista aquel enigma. Al amanecer le introdujeron en un ancho salon lleno de riquezas, y en el que habia todo lo necesario para pintar con una escrupulosa prevision.

—Preparaos para hacer el retrato de una jóven, le dijo un anciano de rostro severo. Dentro de algunos instantes trasladareis al lienzo la imagen de la *Perla de Bethune*, y os prevengo que teneis que firmar el cuadro con el nombre de vuestro maestro, Ticiano; pero cuidado con revelar jamás á nadie el verdadero autor.

Quería resistirse Ovidio Gáleas, pero apenas acababa de hablar el anciano, cuando levantándose la pesada cortina de cuero que daba entrada á un gabinete, se presentó una jóven vestida con extraordinaria riqueza.

Comprendió Ovidio Gáleas que era la que le anunciaban con el nombre de la *Perla de Bethune*.

En la espléndida Italia del siglo XVI habia tenido ocasion el artista de admirar muchas hermosas mujeres. Habia visto las patricias de Venecia, las grandes señoras de Florencia, las princesas de Roma; empero jamás habia visto nada mas distinguido ni seductor que aquella francesa. Las impresiones súbitas no son una quimera. Apenas el artista la vió cuando se sintió profundamente conmovido.

—Teneis que hacer el retrato de la señora duquesa, le dijo el que le acompañaba, pero que sea lo mas pronto posible. ¿Cuánto tiempo necesitareis á lo menos?

—Cuatro dias.

—Poneos á hacerlo inmediatamente.

Para no incomodar en nada la manifestacion de su génio, dejaron al pintor solo con su modelo.

Apenas habian pasado dos horas cuando una dulce intimidad se habia establecido con su trato, y el pintor habia sabido un drama en aquella aventura.

Aquella jóven cuyo retrato le obligaban á hacer, era la hermosa duquesa Berengera de Charos, mas conocida en las crónicas de su época bajo el nombre de la *Perla de Bethune*. Por razones de conveniencia social querian casarla con Hermerico II de Isavir, el último descendiente de los del fines de Auvernia. Hermerico, uno de los primeros señores de la Francia, era ya un anciano que mas necesitaba de un monge que le ayudase á bien morir, que de una jóven. Pero el feudalismo de los tiempos no reparaba en las distancias de edades, y se burlaba de los sentimientos del corazon. Era necesario un matrimonio para unir entre sí dos grandes familias. Lo demas impor-

taba poco. Para complacer á Hermerico se habia imaginado enviarle el retrato de su futura, ejecutado por un pincel hábil, y firmado con el nombre venerado del Ticiano. Por eso habia sido arrebatado de Paris el artista, y conducido con los ojos vendados al misterioso castillo.

La jóven comprendia que el pintor no podia evitar el hacer el retrato, pues que á ello le obligaban; mas pidió que se apresurase lo menos posible.

—No me dejarán mas que cuatro dias, dijo el pintor.

—Protestad obstáculos imprevistos. Yo os ayudaré por mi parte; fingiré que estoi mala, y que no puedo venir á vuestro taller.

Gáleas la detuvo; conoció que la amaba ya perdidamente.

—No podré vivir sin verla, decia para sí el pintor.

Pasáronse algunos dias mas que los cuatro concedidos para el retrato. Le intimaron que no tenia mas que veinte y cuatro horas para poder terminarlo. Estas palabras le hirieron como un rayo, Gáleas se vió de nuevo poner sobre un caballo con los ojos vendados, y ponerle en el camino de Paris, es decir, separado para siempre de la *Perla de Bethune*.

La sangre del discípulo del Ticiano subió repentinamente á su rostro. Era del temple de los grandes artistas del tiempo del renacimiento, pintor y soldado aventurero, y como Benvenuto Cellini, capaz de sublimes extravagancias por satisfacer un capricho ardiente ó realizar un sueño.

A la noche siguiente, en el momento que dormian todas las gentes del castillo, menos tres centinelas que guardaban el puente levadizo, el artista y la jóven, disfrazados de novicios de la órden de San Bruno, á quienes se los habia dado aquel dia hospitalidad, se presentaron á la puerta principal para salir al campo. Trató de impedirles la salida una de las centinelas; pero Gáleas le tendió muerto á sus piés, porque se negó á bajar el puente levadizo. Acudieron en su auxilio los otros dos, pero amenazados, tuvieron miedo y obedecieron. Alejáronse los dos fingidos novicios. Dióse la alarma en el castillo, y bien pronto todo el mundo se puso en plé, y se prepararon á perseguir á los fugitivos. Al traves de los campos corrian por todas partes los servidores de la casa de Hermerico con teas de resina encendidas, con órden de apoderarse de Berengera, ponerla en un caballo, y á pesar de sus gritos volverla al

castillo. En cuanto al artista, podian matarle sin compasion, de un tiro de arcabuz ó de una puñalada.

Sin embargo, los dos jóvenes, muertos de fatiga, seguian á la ventura las sendas tortuosas hasta que llegaron á una especie de cartuja que habia entonces en Orleans. Como no sabian nada les dieron de comer y beber en una misma celda.

—No será por mucho tiempo, dijo Berengera; verás como las gentes del castillo nos persiguen hasta aquí; pero no me arrancarán de tus brazos.

Tres horas despues, en efecto, un tropel de hombres armados rodeaba el convento.

Venian á buscar á Berengera.

En el momento en que el mayordomo, á la cabeza de su gente, se aproximaba á la celda donde se hallaba la joven duquesa, esta por huir de él se arrojó desde lo alto de la ventana, quedando muerta del golpe, Gálea se dejó prender.

—A la prision el seductor, gritaban, y dentro de tres dias á la horca!

A la mañana siguiente fué encarcelado en las prisiones del señorío de Montargis.

Le formaron causa. Estas formalidades debian durar una semana entera. Para distraer su pensamiento, trató de reproducir el primer sueño de su alma: la Virgen del Racimo. Le permitieron tener un lienzo, un pincel y colores. Pero le faltaba un elemento esencial, la tranquilidad de su espíritu.

Trató de hacer la Virgen del Racimo, pero solo fué un boceto informe. El dia que vinieron á buscarle para hacerle sufrir su suplicio, aun no habia terminado su cuadro. Tan cierto es que no hai para un artista mas que un solo amor: el arte. Tres venenos le matan: la política, el amor y el cuidado de la vida presente.

CONDE DE FABRAQUER.

PUERTO-CABELLO.

IMPRESA DE J. A. SEGRESTAA.

1862.